

EL CARDENAL CISNEROS.

Honra perpétua será de España este ilustre hijo de la villa de Torrelaguna. Allí nació el año de 1436, de nobles y medianamente acomodados padres. Sus principales estudios hizo en Salamanca y en Roma, sobresaliendo por la perspicacia y la profundidad como teólogo y jurisconsulto. De la capital del orbe católico vino provisto de una prebenda para la Santa Iglesia toledana, cuyo arzobispo la quería para uno de sus familiares, y no pudiéndole inducir á la renuncia, en la fortaleza de Santorczá le tuvo preso no menos de seis años. Por fin le puso en libertad el prelado Carrillo y Acuña, y entonces permutó espontáneamente su dignidad por otra de Sigüenza. Tanto el prelado como el conde de Cifuentes y otros personajes hicieron grande estimacion de su persona, y á su elevada inteligencia fiaron gravísimos negocios, que le distraian por igual de los estudios y de las prácticas devotas. Para dar vado á esta doble propension de su alma, no halló mejor arbitrio que acogerse al claustro; y así tomó el hábito de la orden de San Francisco, á la edad de cuarenta y ocho años. Solo nueve pudo gozar del anhelado retiro, y esos de guardian en los conventos del Castañar y de la Salceda. Como director de conciencia de Isabel la Católica se hubo de trasladar á la corte, mediante propuesta de don Pedro Gonzalez de Mendoza, gran cardenal de España.

Digno de tan preclara reina mostróse fray Francisco Jimenez de Cisneros en el delicadísimo cargo, ayudándola á promover la reforma general de las costumbres, y practicando por sí la de su orden religiosa á fuerza de fatigas. Muy de sorpresa le cogió su elevacion á la silla arzobispal de Toledo, no consintiendo en admitirla sino por mandato especial del Papa, á quien tambien hubo de obedecer en desplegar exterior ornato, bien que no abandonando jamás la humildad y estrechez de la religion franciscana para el trato de su persona. Todas las pingües rentas de su mitra dedicó desde los principios á remediar infortunios y á difundir las luces. Alcalá de Henares le debe la fundacion de su universidad famosa; y la edicion de la Biblia polígota bastaria para inmortalizar su nombre. De inquisidor general tuvo la investidura: para exaltar la fé verdadera, no titubeó en romper las capitulaciones de Granada, obligando á los moros á que recibieran el bautismo. Cuando su angusta penitente bajó al sepulcro, y sobrevinieron las turbulencias promovidas por Felipe el *Hermoso*, y este príncipe dejó viuda á doña Juana la *Loca*, y aquí hubo una gran parcialidad en favor del emperador Maximiliano de Alemania, para que gobernase á Castilla durante la menor edad de su nieto Carlos, Jimenez de Cisneros opuso resistencia vigorosa y eficaz á las intrigas y sediciones, y con fruto instó al rey Fernando el Católico á venir de Nápoles cuanto antes.

Con rentas de su mitra armó el arzobispo de Toledo una escuadra en

Cartagena; de allí zarpó con buena tropa; y de Oran apoderóse por asalto. Personalmente y de seguida trajo la noticia fausta del triunfo: ya entonces era cardenal de la Santa Iglesia Romana. Cerca de dos años rigió á Castilla desde la muerte del rey Fernando. Su voluntad impuso á los magnates, para que reconociesen sin réplica por sucesor á don Cárlos á la par que á su madre sin ventura. Una diputacion de ellos fué altiva á preguntarle con qué poderes obraba de tal modo, y la tradicion afirma que les condujo á un balcon de su palacio, y mostrándoles su guardia armada y varios cañones, les dijo á secas, *Esos son mis poderes*. Tal es la escena que representa un cuadro del malogrado pintor don Víctor Manzano, comprado para el Museo Nacional y existente ahora en el Ministerio de Fomento. Creacion suya fué la milicia de Ordenanza, algo semejante á la urbana de principios del actual reinado.

Incesante pio de Cisneros fué que Don Cárlos acelerára su venida y despidiera á los flamencos ambiciosos y rapaces que formaban su córte: al cabo logró lo primero, no lo segundo. Aun esperaba que el jóven príncipe adoptára sus consejos patrióticos y sanos, cuando los oyera de su boca. En Mojados habia de ser la entrevista solemne. De Madrid salió Cisneros muy agrabado de sus achaques; y en el camino recibió una carta donde le anunciaba el rey que desde Mojados partiria inmediatamente despues á la capital de su diócesis á esperar del cielo el galardón por sus servicios. Breves horas sobrevivió á la lectura de la carta: su sentida muerte fué el 8 de Noviembre de 1517 en la villa de Roa. Personaje mas eminente no se conoce por la historia: sus dotes mas relevantes fueron vigor de voluntad y espíritu de justicia, unidos á grandeza de concepcion y amplitud en la perseverancia: además practicó todas las virtudes; y sobre todo es modelo de gobernantes. En la Iglesia Colegial de Alcalá de Henares está su sepulcro, y en el salon de la Rectoría de la Universidad Central su estatua.

A. F. DEL RIO.

EL AZOTE DE DIOS.

A mediados del siglo VI, campaba en la inmensa llanura de los Campos Cataláunicos, cerca de Chalons, innumerable multitud de gentes de todas razas y naciones, de aspecto y armas desconocidas la mayor parte, cual nunca vieron los pasados tiempos ni tendrán ocasion de juntarse en las edades futuras.

Las indómitas tribus de la Escitia, diestras en el manejo del arco, cabalgando en potros desmedrados, enjutos y de pobres crines, aunque ligeros como el aire é identificados con el jinete hasta el punto de formar ambos

un solo cuerpo, dirigido por una voluntad única, obedecen al renombre de Atila, que tuvo la suficiente firmeza de carácter, genio militar y político, astucia y grandeza de alma, para reunir bajo su mano hombres de condicion tan levantada.

El Azote de Dios dicen que se titulaba él mismo; podrá muy bien ser cierto, porque los delitos de la humanidad eran horribles á la sazón, pero el instrumento destinado por la Providencia para realizar sus fines, jamás dió pruebas de la salvaje y bárbara locura con que le pintan los escritores de la época, aturdidos con el estruendo de sus hazañas.

No era posible á un desatinado y grosero tártaro humillar al imperio de Oriente, imponer tributo al emperador Teodosio el Joven, atravesar la Germania reuniendo por fuerza ó de grado bajo sus estandartes á los orgullosos godos, suevos, marcomanos, gépidos y demás pueblos guerreros y nunca vencidos de las orillas del Volga y del Danubio, llegando luego á someter á los terribles sajones que, tantos años y esfuerzos costó reducir al famoso Carlo-Magno, y por último penetrar en las Galias llamando á pelea á los generales mas distinguidos de Roma, auxiliados de un lado por Meroveo, rey de los francos á quienes nunca vió retroceder el enemigo, y de otro por Teodoro, monarca de los visigodos, siempre vencedores en doscientos años de continuo batallar.

Retrocede luego sobre sus pasos, como diremos en breve, para caer sobre la infeliz Italia; nada detiene su carrera; Aquilea y otras muchas ciudades sufren la ley del vencedor y Roma desguarnecida y sin apoyo, tiembla estremecida al ruido de sus armas, pues no habrá para ella salvacion ni ayuda.

Pero un santo y venerable anciano, el pontífice San Leon, sale á encontrar al sanguinario conquistador, le habla en nombre del Dios, de paz y caridad, y el jefe de hordas inhumanas, nutrido con la carne magullada bajo la silla de su caballo, que nunca conoció mas ley que su espada ni otro derecho que su voluntad suprema, echa pié á tierra ante aquel débil sacerdote que no lleva mas séquito que unos cuantos ministros de la Iglesia, algunos senadores trémulos y corto número de patricios, incapaces hasta de huir delante de los devastadores del mundo.

Atila, siempre indómito á presencia de los fuertes, se turba al escuchar las palabras dulces y severas al mismo tiempo del padre de los fieles, no se juzga humillado por rendir acatamiento al frente de sus escuadrones á la virtud á quien la vejez escuda y la razon autoriza, empeña su palabra de respetar la ciudad santa, y no bastándole con eso, condesciende en atajar el curso á su triunfal carrera y se retira sin perder momento al fondo de sus establecimientos de Pannonia, donde á poco murió sin quebrantar en nada su buen propósito.

Volvamos ahora al punto donde comenzamos nuestra relacion.

Ocupado estaba el Azote de Dios en sitiár á Orleans, cuando llegóronle noticias de que el ejército coaligado de romanos, francos y visigodos doblaba sus marchas para encontrarle.

Con objeto de hallar campo donde pudieran maniobrar sus jinetes sin cuento, retrocedió á las estendidas planicies de Chalons y en ellas abrió trinchera esperando la embestida de sus contrarios. Quinientos mil hombres acaudillaba, segun afirman los autores coetáneos; no seria menos el número de los aliados. Al avistarse los dos bandos, destacó Atila un cuerpo de cincuenta mil gépidos para reconocer las posiciones é intencion del enemigo. Pronto salieron en contra suya otros tantos soldados de Meroveo, que sostenidos por los legionarios del romano Aecio, hicieron cejar á los invasores hasta sus tiendas despues de haber sembrado la tierra de cadáveres. Pero esto solo fué sangriento preludio del drama que se preparaba.

Al dia siguiente unos y otros permanecieron inmóviles hasta las tres de la tarde. Un silencio profundo reinaba entre la muchedumbre cual si la poseyese el convencimiento de lo costosa que habia de ser aquella jornada. Era la vez primera que Atila recelaba de la fortuna.

Por fin recorre las haces montado en un caballo negro y procura infundir aliento á sus compañeros de victorias:—He ahí, les dice, unos cuantos siervos escapados de las tierras conquistadas por nosotros, que pretenden insultarnos con su presencia. ¿Qué temor podrán infundiros esos romanos débiles, incapaces de resistir á nuestras mujeres, ni los godos y francos, mendigos del vacilante imperio, del cual esperan algun corto estipendio que les alimente? Ea, sus, cerremos, pues, con ellos y desaparecerán como niebla ante los rayos del sol, pero que nadie se me adelante porque yo quiero arrojar el primer tiro.—Diciendo así lanza su arco la rápida saeta que va á esconderse silbando entre las filas contrarias y todo desde aquel punto se trocó en matanza y carnicería.

El primero que atropellando las apinadas escuadras de los hunos rompió buen trecho del ejército invasor, fué Teodoredo el visigodo, citando á duelo singular al formidable Atila. Nada resiste á la pujanza de los montañeses de uno y otro lado del Pirineo, animados por el ejemplo de su monarca. Avanza éste con la furia de un leon herido, deseoso de vengar un agravio que hacia tiempo le destrozaba el corazon. Su hija única, desposada con el príncipe Hunerico, le fué devuelta con la nariz y las orejas cortadas por sospechas de haber querido envenenar á Genserico, rey de los vándalos de Africa y padre de su marido. En aquella sazón devastaban los hunos el imperio de Oriente, y el conquistador africano temeroso de la venganza de Teodoredo, halló medio de ajustar con Atila amistad perpétua, persuadiéndole la conveniencia de establecerse en los dominios visigodos, para cuya empresa le ofrecia su ejército y armada.

Por este motivo, considerando personal la guerra emprendida en defensa de las Galias, no daba reposo á la mano, como quien defiende su estado y desea satisfacer un insulto traidor inferido á persona tan propia.

A la caída de la tarde llevaban los aliados lo mejor de la batalla. El hacha de armas de los francos habia hecho en los hunos destrozos horribles; las legiones romanas combatieron como en los mejores tiempos de Mario, y



FLOR DE LA INFANCIA.



Muerte de Teodorico.

los visigodos manifestaron aquel día un valor prudente é irresistible. Casi la tercera parte de las tropas enemigas yacia sin vida por los campos, y el resto estrechado por las armas de los vencedores hacia mucho en sostener la retirada, cada vez mas parecida á fuga vergonzosa.

Atila dió la señal de recoger antes que cerrase la noche y la confusion tomase mayores proporciones. A la entrada de los atrincheramientos del Azote de Dios llegaron los confederados, pero sin atreverse á embestirlos. ¡Era muy aventurado acometer al oso en su madriguera!

Celebraron consejo los principales capitanes dueños del terreno, y no pudieron menos de notar que Teodoredo faltaba entre los suyos. Buscáronle cuidadosamente y aun le hallaron vivo, aunque próximo á su fin postrero.

El sentimiento de todo el ejército acompañó á su muerte; fueron las únicas exéquias que se le tributaron, aunque las mas preciadas. Al amanecer se le dispuso en Orleans una sepultura sencilla y sus gentes dieron la vuelta á Tolosa, sospechando que la sucesion á la corona pudiera originar trastornos.

Atila partió sin ser inquietado á devastar la Italia, segun dejamos dicho anteriormente, si bien la batalla de los Campos Cataláunicos quitó á su nombre la idea terrible que le habia acompañado hasta entonces.

DIONISIO CHAULIÉ.

DOS MANCEBOS.

(BALADA)

I.

Es Gualtero tan gallardo,
Tal gentileza es la suya,
Que ningun otro mancebo
Logró igualársele nunca.
De fuego tiene los ojos,
Sedosa la crencha rubia,
Fresca la tez sonrosada,
Noble y marcial la apostura.
Lo que pasa por su pecho
No hay quien saberlo presuma,
Pues con rostro indiferente
Sus sentimientos oculta.
Y sólo en breves momentos
Risa de altivez ó burla
Sobre sus delgados labios
Efímera se dibuja.

II.

El desdichado Lotario,
Que durmió en la misma cuna,
Mal su agrado no se engrie
Con varonil liermosura.
Crespo es su pardo cabello,
Pálida su faz y enjuta,
Sin brillo sus tristes ojos,
Su aspecto sin gracia alguna.
Y aunque su tranquilo acento,
Que gravemente modula,
Siempre que resuena, siempre
Del alma el camino busca;
Junto al bizarro Gualtero,
Junto á su arrogancia suma,
Parece noche sombría
Tras clara noche de luna.

III.

Arde una pobre cabaña
Del bosque en mitad oculta,
Y amenazando incendiarlo
Las llamaradas fulguran.

Entre el crujir de las llamas
La voz de un niño se escucha,
Que al padre ausente invocando
Pide auxilio en honda angustia.

Los dos hermanos que alegres
Cazan entre la espesura,
Ven aquel cuadro, y al verlo
Sus almas de horror se turban.

—¿Qué hacer? esclama Lotario,
Y una lágrima se enjuga.
—¡Partir! contesta Gualtero,
Y emprende cobarde fuga.

IV.

Mientras como ciervo herido
Bosque y valle ráudo cruza,

Por el fuego entra Lotario
Y su faz no se demuda.

—¡Tente! aquel de lejos clama:
Ve que tu muerte es segura.
—¡Dios me alienta! éste responde:
Un infeliz pide ayuda.—

Y entre borbotones de humo
Que el incendio alza en su furia,
Cuando medroso Gualtero
Necio su heroísmo juzga,

Torna á salir victorioso;
Un niño en su pecho escuda;
Y cayendo de rodillas
Gracias al cielo tributa.

V.

Los que al bardo habeis oido,
Responded á su pregunta:
Entre la de cuerpo y alma,
¿Cuál es mejor hermosura?

ANTONIO ARNAO.

INFANCIA DE PLAUTO.

EL APRENDIZ DE TAHONERO.

Siguiendo su costumbre, el tahonero Quintiliano volvió una noche á su casa algo ébrio, y sobre todo de muy mal humor. Su primer cuidado, al entrar, fué dirigir injurias á un jóven que estaba en la piedra, para moler el grano necesario para la fabricacion de la harina.

—Asinio, haragan, le dijo, ¡por Ceres! ¿Qué has hecho desde que sali de casa? Todavía no está el saco lleno de harina, y desde esta mañana estas moliendo, ó por mejor decir, debias estar moliendo.

El jóven, sin responder, enjugó su frente bañada de sudor, y volvió con ardor al rudo trabajo á que se entregaba. Pero su silencio y su sumision, lejos de apaciguar al viejo, escitaron mas su cólera, al parecer.

—¿Qué has hecho, repitió, sí, qué has hecho desde que me marché? Te habrás distraido, viendo las gentes que pasan, ó escuchando sus conversaciones. Dí que no es verdad eso. ¿Cuántas veces no te he visto perder el tiempo de ese modo? ¿Cuántas veces no te he sorprendido jugando y riéndote á espensas de aquellos á quienes fisgabas? Créeme: trabaja, trabaja con todas tus fuerzas, ó te castigaré como se castiga al animal, cuyas veces

haces, Asinio. Te apalearé como á un asno; porque, no me engañas con todas esas mentiras que charlas á mis esclavos, «que no tardarás en salir de las miserias y en verte honrado como un senador; que los mas poderosos y los mismos cónsules te admitirán en su sociedad»; en fin, ¿qué sé yo? Si hubiera de creerse en tus patrañas, aunque hijo de un esclavo, (no puedo ocultar eso, he conocido á tu padre) hubieras sido rico; pero te han arruinado especulaciones desgraciadas.

¡Rico! ¡lleno de honores! ¿Tú?... Da vuelta á tu piedra, ó guárdate del palo!

Mas, ¡válgame Ceres! ¿que es lo que distingo allí, oculto entre mis sacos? un rollo de papyrus y un estilo, ¡Sabes escribir, miserable, y en lugar de dar vueltas á la piedra, escribes! ¿Y qué puedes tú escribir? Espera, ¡oh! el fuego hará recta y pronta justicia de esos embelecos: al fuego, al fuego los escritos de Asinio.

—¡No quemeis eso! ¡no lo quemeis! exclamó el aprendiz de tahonero, apoderándose del rollo de papyrus; ¡no lo quemeis! ¡Por Júpiter, haríais una cosa buena!

Y arrancó de manos de Quintiliano el rollo que éste quería quemar.

—Te pago para que me obedezcas, se puso á gritar enfurecido el borracho; tú me desobedeces; marcha de mi tienda, y no vuelvas á poner los pies en ella, si no quieres que te rompa las costillas á palos.

—¡Está bien! replicó el jóven. Y sacudiendo la harina que habia blanqueado sus cabellos y su corta túnica, salió sin saber hácia que lado dirigir sus pasos.

Despues de haber deliberado algunos instantes, se dirigió hácia la casa de uno de los ediles.

El edil no quiso recibirle.

—Y sin embargo, murmuró el jóven, es preciso que yo coma hoy. En cuanto á dormir, una buena losa en un rincon, y estoy seguro de dormir en ella como un cónsul, si un cónsul duerme. ¡Qué existencia la mia! ¡Qué particularidades en los incidentes! ¡Qué de casualidades! ¡Y cuán poco me han ayudado los dioses protectores!

¿Y por qué inquietarme? dijo de pronto riéndose. ¿No he sido rico y feliz? ¿Por qué mi miseria presente no podrá cambiarse repentinamente en opulencia? ¿Por qué blasfemar contra los dioses que me han dado tres tesoros; juventud, alegría y poesía? ¡Gracias sean dadas á los dioses inmortales!

Mas ¿quién es ese hombre á quien rodean todos esos jóvenes, y dan muestras de tanto respeto?... Ese es Caton. Si; le reconozco en sus cabellos bermejos y sus ojos azules. ¡Salud á Caton!

—Salud, esclavo, replicó Caton, queriendo pasar adelante.

—Esclavo, no; hijo de liberto y ciudadano romano.

—Salud, hijo de liberto y ciudadano romano, replicó Caton; volviendo á continuar su camino.

—El ciudadano romano tiene hambre, Caton, dále pan.

—Que el ciudadano romano gane el pan con su trabajo.

—Era aprendiz de tahonero, y el amo me ha despedido.

—Entra en casa de otro.

—Este oficio me fastidia.

—Busca otro oficio.

—Me he anticipado á tu consejo. He aquí una comedia que he terminado esta mañana.

—¡Una comedia! exclamó Caton, examinando de piés á cabeza al desconocido á quien apenas cubría una corta túnica toda manchada de harina.

—A lo que parece, Caton juzga á los hombres por el exterior. No obstante, bajo la amarga cáscara de la naranja, hay un fruto agradable, mientras que la apetitosa carne de la aceituna oculta un hueso.

Estas palabras, dichas con tono desdeñoso, llamaron vivamente la atención de Caton.

—¿Tu nombre? preguntó mientras desarrollaba el papyrus.

—El tahonero me llamaba Asinius, (el asno).

Las carcajadas de los jóvenes que seguían á Caton, interrumpieron al aprendiz, quien continuó sin desconcertarse.

Y mi padre me llamaba Marco Actio Plauto, (que tiene los pies aplastados).

Fácil es calcular que este nuevo nombre fué acogido con carcajadas todavía mas unánimes.

En tanto del rostro de Caton desaparecía la sonrisa, fria y desdeñosa que espresaba desde la llegada del desconocido.

Se concibe bien: Caton leía las primeras escenas de la obra maestra de la comedia latina, *Amphitryon*.

Después de dedicar á la lectura algunos instantes, se despojó de su manto, cubrió con él los hombros del aprendiz de tahonero, le saludó y le alargó la mano.

—Marco Actio Plauto, le dijo; ven á mi casa, donde serás recibido como merece un gran poeta.... Ciudadanos, inclinaos ante el autor de los Menechmos y de la Antularia. Inclinaos ante este joven, que hace mas contra el vicio que mis mas severas amonestaciones; le hace ridículo.

Al oír aquellas palabras, rodearon los jóvenes al poeta cómico, y le prodigaron testimonios de respeto.

Luego siguieron á Caton y á Plauto que marchaban dándose la mano.

—¡He ahí el genio y la virtud que marchan unidos! exclamó uno.

—Sí; replicó Plauto: pero el genio hace un momento que daba vueltas á una piedra de molino para ganar el pan.

—Y la virtud, añadió Caton, acaso sentirá algun día no haberle dado vueltas toda su vida.

¿Revelaba á Caton un presentimiento, que en su larga carrera de-

bia desear muchas veces la vida laboriosa, pero tranquila, de un artesano, y que compareceria muchas veces como acusado ante el pueblo romano?

En cuanto á Plauto, no tardó en no necesitar de la proteccion y hospitalidad de Caton, porque la representacion de *Amphitryon*, fué para él un manantial de fortuna y de honores.....

Plauto escribió tambien muchas obras para el teatro. Las cuatro mas conocidas son: *El Amphytrion*, imitada en italiano por Ludovico Dolce; en inglés, por Dryden; en francés, por Rotron y Moliere: *La Antularia*, de que Moliere ha sacado *el Avaro: Menechmos*, arreglado á la escena italiana, (*Similimi*); á la escena inglesa, por Shakespeare (*Los errores*); á la escena francesa por Rotron y despues por Regnard; y *La Mostellaria*, que casi ha traducido el padre Lariney en su comedia de *Los Espiritus*, y de la que Regnard ha sacado *El Progreso imprevisto*. Léense poco *Los Cautivos*, de Rotron, tomados de los de Plauto; pero la obra latina es un modelo cuyo estudio recomienda Mr. Lemercier, (Curso de literatura, tomo II) á los jóvenes poetas. *La Casina*, de que se encuentran algunos rasgos en *Las locuras amorosas*, de Regnard, y aun en *El Casamiento de Figaro*, de Beaumarchais, dió á Maquiavelo el argumento de su *Elicio*. Una de las primeras escenas de *El Barbero de Sevilla*, recuerda una de *El Curculion*. *El Matrimonio interrumpido*, de Cailhaba, está en parte tomado, tanto del *Epidicus*, como de *Los Barchides*, una de las producciones mas espirituales del poeta latino. Corneille, al componer el personaje del Valenton en su comedia de *La Ilusion*, y en general, todos los que han puesto fanfarrones en la escena, han imitado al *Miles gloriosus*. Mr. Andrieux dice, que tres versos de Horacio y la obra de Plauto, titulado *Trinummus* (ó los tres Escudos) le han sugerido la idea de su comedia de *El Tesoro*. Algunas pinceladas cómicas de *El Mercator*, ó mercader, han sido imitadas en diversas obras modernas. Pero casi nada se ha sacado de *El Pseudolus* ni de *El Truculentus*, á pesar de que esas dos comedias (*El Embustero* y *El Labio*), son citadas por Ciceron como las que de Plauto tenia motivo para estar orgulloso. *La Cistellaria*, á pesar de la languidez de la composicion, ofrece interesantes detalles. Las demás obras que nos quedan de Plauto son: *El Rudens* (el Abordaje ó el Feliz Naufragio), *El Persa*, *El Asinaria* y *El Stichus*. (ó la Fidelidad conyugal.) Este último drama, aunque Liniers se ha tomado el trabajo de traducirle en verso, se ha considerado como poco digno de Plauto; y algunos literatos han sostenido que no podia ser de él; cuesta trabajo, con efecto, reconocer allí su genio, su alegría, su estilo. *El Asinaria* ha sido tratado muy mal por los copistas; hay algunas anteposiciones y contraposiciones que le desfiguran. Hay muy poco interes en *El Persa*, y no es muy vivo en *El Rudens*, á pesar del carácter fabuloso de la composicion.

EL CONDE DE FABRAQUER.

LOS DOS RUSTICOS.

Cierto labrador cogia
Mucho trigo, y otro á quien
Le acudia menos bien,
Con la envidia que tenia
Le puso pleito en que dijo,
Que no daban la mitad,
Aunque eran de igual bondad,
Las tierras de su cortijo,
Y que lindando las unas
Con las otras, sin encanto,
Era imposible que tanto
Distasen ambas fortunas.
Y así que aquel labrador,
Con sus hoces esquilma
Todo el campo, y malograba
A los demás su labor.
Fué á su casa sin tardanza

El acusado hechicero,
Y trajo todo el apéro
Y gente de su labranza.
Y en fin, por dejar conclusa
La demanda de una vez,
—Vea, vea,—dijo al juez,—
Este apéro quien me acusa.
Valientes bueyes de arada,
Traigo buen ganado, rejas
Que rompen bien, y sin quejas
Familia bien sustentada,
Que trabajan bien conmigo,
Porque á su tiempo les pago,
Son hechizos que yo hago
Para coger mucho trigo.

DR. FELIPE GODINEZ: *La ocasion hace al
ladron.*

PAGINAS SUELTAS.

MEDITACIONES DE UN PADRE DE FAMILIA.

(Continuacion.)

IV.

Han transcurrido dos años desde el día en que se apoderó de mí aquel horrible temor, y hace dos años que para afirmar el corazón de mi hijo he empleado ejercicios del pensamiento, ejercicios corporales, lecturas, conversaciones y ejemplos. Teóricamente, virtualmente existe. Las ideas de justicia, de deber y de dignidad son en él mas vivas y mas poderosas; pero si se presenta un peligro, ¿tendrá la fuerza necesaria para ponerlas en práctica? Unas veces tengo esperanzas y otras veces dudo. ¡El valor es una cualidad tan extraña! ¿De dónde procede? ¿De la firmeza de carácter? ¡Cuántos y cuántos generales han demostrado en la vida civil una debilidad deplorable! ¿De la grandeza de alma? ¡Cuántas pequeneces he notado en los mas grandes héroes! ¿Del sentimiento del deber? ¡Los corazones mas corrompidos, son á veces los mas valientes! ¿Del deseo, del interés y de la consideración? ¡Cuántos hombres sin pudor son aventureros sin miedo! ¿De amor pro-

pio? ¿Se ven seres estúpidos, que se despiertan en presencia del peligro! ¿Será el valor alguna cosa puramente instintiva, independiente del resto del alma bestial, por decirlo así, y donde la voluntad no entra para nada? Yo me pierdo. Ayer me han contado un hecho, que yo he apuntado.—Un joven oficial, atacando un reducto en Santo Domingo, mostró un heroísmo admirable; heroísmo de seis horas enteras, durante las cuales se espuso veinte veces á una muerte segura. Llegada la noche, y cuando todos sus compañeros le colmaban de alabanzas:—¿De veras, respondió riéndose, he sido un héroe?... Convenido; esto me autoriza á pedir mi retiro —¿Tu retiro? ¿Por qué?—¿Por qué, mis queridos amigos? Porque he tenido un miedo abominable; porque esta profesion me ha parecido odiosa; porque si yo permaneciera en ella, me conozco, volveria otra vez á ser héroe, lo que no puedo soportar; y puesto que ya he pagado mi deuda, basta de gloria, me retiro.—Y se retiró del servicio de las armas. He aquí, evidentemente una prueba de que el valor puede estar dependiente de la voluntad. ¿Pero qué grado de voluntad se necesita? He aquí la cuestion. ¿Y esta cuestion, quien puede resolverla? Unicamente la esperiencia, el hecho, el peligro. Pues bien, venga el peligro, y sea cualquiera la forma bajo la cual se presente, despedace ó no mi corazon, lo juro, no alejaré de él á este niño, le dejaré, y si es necesario, le arrojaré en él.

V.

Le arrojaré en él, he dicho ayer..... ¡Insensato! ¡Arrojarle..... yo!..... Y esta noche, pensando en los peligros que podian venirle, he sentido que mi corazon desfallecia de angustia. ¿Qué seria de mí, si efectivamente le viese amenazado? Y además, ¿soy yo el que debo desear verle en un peligro?..... ¿Pero cuál? ¡Cuántos peligros existen que asustarian lo mismo mi conciencia que mi ternura! ¿Qué prueba lícita he de buscar? ¿Un duelo? Es la primera que se presenta al pensamiento cuando se trata de un joven, y comprendo lo que se puede decir para justificar el duelo. Por mas que digamos, corre por nuestras venas un poco de aquella sangre árabe que ha formado tantos caballeros, y el duelo es un vestigio de aquellas costumbres. Además, aun cuando esto sea un hecho material, por otro lado, es una protesta en favor de la fuerza moral contra la fuerza física. En nuestra sociedad, es una salvaguardia de la urbanidad, y el guardian de la dignidad; en fin, gracias al duelo, un hombre pequeño, débil, enfermo, puede ser en una multitud el defensor de su hija ó de su mujer contra todo grande é insolente gigante, y á mí me gusta todo lo que contribuye á que los gigantes sean modestos. Pero suceda el hecho, que este niño tire de la espada..... la angustia se apodera de mí, una angustia que tiene un objeto mas sagrado que su misma existencia. ¡Las causas graves del duelo son tan raras! ¡Tan raras las circunstancias en que el honor está verdaderamente empeñado! La mayor parte de las veces, es asunto no de dignidad, sino de vanidad. Ahora bien, si por vanidad

LOS DOS RUSTICOS.

Cierto labrador cogia
Mucho trigo, y otro á quien
Le acudia menos bien,
Con la envidia que tenia
Le puso pleito en que dijo,
Que no daban la mitad,
Aunque eran de igual bondad,
Las tierras de su cortijo,
Y que lindando las unas
Con las otras, sin encanto,
Era imposible que tanto
Distasen ambas fortunas.
Y así que aquel labrador,
Con sus hoces esquilmaba
Todo el campo, y malograba
A los demás su labor.
Fué á su casa sin tardanza

El acusado hechicero,
Y trajo todo el apéro
Y gente de su labranza.
Y en fin, por dejar conclusa
La demanda de una vez,
—Vea, vea,—dijo al juez,—
Este apéro quien me acusa.
Valientes bueyes de arada,
Traigo buen ganado, rejas
Que rompen bien, y sin quejas
Familia bien sustentada,
Que trabajan bien conmigo,
Porque á su tiempo les pago,
Son hechizos que yo hago
Para coger mucho trigo.

DR. FELIPE GODINEZ: *La ocasion hace al
ladron.*

PAGINAS SUELTAS.

MEDITACIONES DE UN PADRE DE FAMILIA.

(Continuacion.)

IV.

Han transcurrido dos años desde el día en que se apoderó de mí aquel horrible temor, y hace dos años que para afirmar el corazón de mi hijo he empleado ejercicios del pensamiento, ejercicios corporales, lecturas, conversaciones y ejemplos. Teóricamente, virtualmente existe. Las ideas de justicia, de deber y de dignidad son en él mas vivas y mas poderosas; pero si se presenta un peligro, ¿tendrá la fuerza necesaria para ponerlas en práctica? Unas veces tengo esperanzas y otras veces dudo. ¡El valor es una cualidad tan extraña! ¿De dónde procede? ¿De la firmeza de carácter? ¡Cuántos y cuántos generales han demostrado en la vida civil una debilidad deplorable! ¿De la grandeza de alma? ¡Cuántas pequeñeces he notado en los mas grandes héroes! ¿Del sentimiento del deber? ¡Los corazones mas corrompidos, son á veces los mas valientes! ¿Del deseo, del interés y de la consideracion? ¡Cuántos hombres sin pudor son aventureros sin miedo! ¿De amor pro-

pio? ¡Se ven seres estúpidos, que se despiertan en presencia del peligro! ¿Será el valor alguna cosa puramente instintiva, independiente del resto del alma bestial, por decirlo así, y donde la voluntad no entra para nada? Yo me pierdo. Ayer me han contado un hecho, que yo he apuntado.—Un jóven oficial, atacando un reduto en Santo Domingo, mostró un heroismo admirable; heroismo de seis horas enteras, durante las cuales se espuso veinte veces á una muerte segura. Llegada la noche, y cuando todos sus compañeros le colmaban de alabanzas:—¿De veras, respondió riéndose, he sido un héroe?... Convenido; esto me autoriza á pedir mi retiro —¿Tu retiro? ¿Por qué?—¿Por qué, mis queridos amigos? Porque he tenido un miedo abominable; porque esta profesion me ha parecido odiosa; porque si yo permaneciera en ella, me conozco, volveria otra vez á ser héroe, lo que no puedo soportar; y puesto que ya he pagado mi deuda, basta de gloria, me retiro.—Y se retiró del servicio de las armas. He aquí, evidentemente una prueba de que el valor puede estar dependiente de la voluntad. ¿Pero qué grado de voluntad se necesita? He aquí la cuestion. ¿Y esta cuestion, quien puede resolverla? Unicamente la esperiencia, el hecho, el peligro. Pues bien, venga el peligro, y sea cualquiera la forma bajo la cual se presente, despedace ó no mi corazon, lo juro, no alejaré de él á este niño, le dejaré, y si es necesario, le arrojaré en él.

V.

Le arrojaré en él, he dicho ayer..... ¡Insensato! ¡Arrojarle..... yo!..... Y esta noche, pensando en los peligros que podian venirle, he sentido que mi corazon desfallecia de angustia. ¿Qué seria de mí, si efectivamente le viese amenazado? Y además, ¿soy yo el que debo desear verle en un peligro?..... ¿Pero cuál? ¡Cuántos peligros existen que asustarian lo mismo mi conciencia que mi ternura! ¿Qué prueba lícita he de buscar? ¿Un duelo? Es la primera que se presenta al pensamiento cuando se trata de un jóven, y comprendo lo que se puede decir para justificar el duelo. Por mas que digamos, corre por nuestras venas un poco de aquella sangre árabe que ha formado tantos caballeros, y el duelo es un vestigio de aquellas costumbres. Además, aun cuando esto sea un hecho material, por otro lado, es una protesta en favor de la fuerza moral contra la fuerza física. En nuestra sociedad, es una salvaguardia de la urbanidad, y el guardian de la dignidad; en fin, gracias al duelo, un hombre pequeño, débil, enfermo, puede ser en una multitud el defensor de su hija ó de su mujer contra todo grande é insolente gigante, y á mí me gusta todo lo que contribuye á que los gigantes sean modestos. Pero suceda el hecho, que este niño tire de la espada..... la angustia se apodera de mí, una angustia que tiene un objeto mas sagrado que su misma existencia. ¡Las causas graves del duelo son tan raras! ¡Tan raras las circunstancias en que el honor está verdaderamente empeñado! La mayor parte de las veces, es asunto no de dignidad, sino de vanidad. Ahora bien, si por vanidad

este niño fuese á matar á otro! ¡Mi hijo asesino! ¡Asesino de otro niño como él, acaso de un hijo que pondría á su tierna madre en el colmo de la desesperación! ¡El maldito de una familia! El haría que corriesen por las mejillas de una madre, lágrimas eternas! ¡Esta idea es horrible! ¿Preferiré los peligros de la guerra? Sé todo lo que se puede decir de verdad y de grande, en favor de la guerra; pero en fin, todo esto se reduce á matar, á matar sin motivo y algunas veces hasta por causas injurias. ¡Cuántas guerras impías han existido en cambio de una guerra santa! ¡Cuántos héroes, para quienes el combate no ha sido otra cosa que dar una carga á la cabeza de un escuadrón, perseguir al enemigo con espada en mano y hundir su arma en la espalda del que huye! No quiero nada de esto para mi hijo. Lo he jurado y lo juro otra vez; si se presenta un peligro no le sustraeré, pero no aceptaré mas que un peligro puro, sin mancha, útil, un peligro que no amenace á nadie mas que á él; en fin, un peligro que salve y no un peligro que mate.

(Se concluirá.)

I. A. BERMEJO.

LOS DOS HERMANITOS.

(CUENTO ALEMÁN).

(Conclusion).

Luego que el sol desapareció del horizonte, volvióse el rey al cazador que el día anterior habia seguido al ciervo, y le dijo:

—Ven conmigo, y enséñame la casita de que me hablaste ayer.

Pusiéronse en marcha y cuando llegaron á la puerta llamó el rey á ella exclamando:

—Soy yo, hermanita querida; abre, corazón mio.

La puerta se abre; entra el rey y encuentra delante de sí una bellísima muchacha, la más bella que hasta entonces habian contemplado sus ojos.

La jovencilla tuvo mucho miedo cuando vió, en lugar del cervatillo, todo un rey que se entraba por su aposento con una corona de oro sobre la cabeza. El soberano la mira con dulzura, la tiende su mano y la dice:—¿Quiéres venir conmigo á mi palacio, y ser mi esposa?

—¡Oh, yo lo creo, respondió en su aturdimiento la pobre muchacha, sí, sí; pero es indispensable que el cervatillo vaya conmigo, porque yo no le puedo abandonar.

El rey repuso:—Estará á tu lado mientras vivas y nada le faltará.

En este momento el cervatillo entra brincando; su hermana le ata al

cuello la cuerda de junco, toma el extremo opuesto en sus manos y sale con él de la casita.

El rey condujo á la bella jóven á su palacio donde se celebraron las bodas con gran aparato y magnificencia, viviendo juntos los dos esposos por mucho tiempo en medio de una felicidad nunca turbada. El cervatillo vivia tambien dichoso saltando y triscando á su placer por los magníficos jardines de palacio.

Entretanto la ominosa madrastra, por cuyo mal trato los dos jovencillos abandonaran el hogar paterno, creia que infaliblemente la niña habia sido devorada por las fieras del bosque y su hermano, trasformado en ciervo, matado en alguna de aquellas cacerías. Por eso cuando llegó á cerciorarse de que en vez de cumplirse sus malvados propósitos, aquellos niños que juzgaba difuntos, vivian gozando de tan próspera fortuna, la envidia y el despecho volvió á conturbar su ánimo y ya no soñaba en otra cosa sino en hallar el medio de sumirles en la mayor desventura.

Su verdadera hija, que era tan fea como repugnante, y que entre otros defectos tenia el de ser tuerta, parecia reconvenir á su madre cuando exclamaba:—¡Llegar á ser reina! esta dicha debia estar reservada para mí.

—Vive tranquila, le contestaba la vieja embaucadora, procurando calmarla: cuando suene la hora, me encontrarás dispuesta para todo.

El palacio, mientras esto acontecia, continuaba siendo la verdadera mansion de la dicha; mas llegó el momento en que la reina dió á luz un hermoso infante, precisamente cuando se hallaba el rey cazando en el bosque. Entonces la vieja hechicera tomó la forma de una de las camaristas de servicio y entrando en el aposento donde la reina se hallaba acostada, la dijo:

—Venga vuestra majestad porque el baño se encuentra ya á punto y os fortalecerá y os hará mucho provecho: aprisa, señora, antes que se enfrie. Acompañábala su hija la tuerta, y tomando ambas en sus brazos á la reina convaleciente, la pusieron en el baño saliéndose despues de aquel lugar apresuradamente y cerrando tras de sí la puerta. Habian antes cuidado de poner en la pieza del baño un gran brasero dispuesto de modo que la reina quedase en cortos instantes asfixiada y muerta.

Despues de esto, la vieja colocó una gran cofia en la cabeza de su hija y la acostó en la cama de la reina: compuso además su forma y sus facciones, de modo que no chocara á primera vista la semejanza, pero lo que no consiguió en manera alguna fué restituirla el ojo que habia perdido. Para prevenir este contratiempo y que el rey no reparara desde luego la falta, la usurpadora del tálamo se acostó sobre el lado de que era tuerta.

Por la noche, cuando el rey volvió de la caza y supo que le habia nacido un hijo alegróse de todo corazon y se precipitó hácia la cámara de su mujer con el mayor regocijo, deseando enterarse de su estado, pero aquella vieja ruin se opuso á su paso diciéndole:

—Por Dios, señor; no descorrais las cortinas: á la reina no la conviene todavía ver la claridad: tiene gran necesidad de descanso.

El rey con esto se vuelve taciturno, no imaginando ni por asomo que una falsa reina estuviera usurpando su regio tálamo.

Mas luego que llegó la media noche, cuando todo el mundo dormia, la nodriza que se hallaba en la cámara del príncipe, velando sola al recién nacido, vió abrirse de repente la puerta y entrar por ella á la verdadera madre, la cual tomando al niño de la cuna, le coloca en sus brazos y le da de beber; despues muelle los almohadones, vuelve á colocar á su hijo sobre ellos y le arropa carinosamente. No por eso se olvidó del pobre cervatillo: antes por el contrario, fué al lugar donde descansaba y le acarició el lomo con la mano. En seguida partió sin decir una palabra, y por la mañana cuando la nodriza preguntó á los guardas del palacio si habia entrado en él alguna persona durante la noche, la respondieron:—No, nosotros no hemos visto á nadie.

Sin embargo, la reina volvió del mismo modo muchas noches sin pronunciar jamás una sílaba; la nodriza la veia siempre, pero nunca se atrevió á decir nada.

Al cabo de algun tiempo, la madre habló por fin una noche, y dijo:

¿Qué es de mi pobre hijo?

¿Mi ciervo que se hará?

Volveré otras dos noches

Y no volveré mas.

La nodriza nada respondió, mas luego que la reina hubo desaparecido corrió hácia la cámara del rey, á quien contó todo el suceso. Al oirla el rey, exclamó:

—¡Gran Dios! ¿qué será esto? La noche inmediata yo estaré en vela al lado de mi hijo.

Llegada la ocasion se instaló con efecto en la cámara del príncipe y cuando ya abanzaba la noche, apareció la madre y murmuró las consabidas palabras:

¿Qué es de mi pobre hijo?

¿Mi ciervo que se hará?

Volveré aun otra noche

Y no volveré mas.

En seguida prestó sus cariñosos cuidados al niño, como lo habia hecho las noches anteriores y desapareció. El rey no tuvo valor para dirigirla la palabra, pero á la noche siguiente se colocó en el mismo puesto.

Acababa de cantar el gallo cuando se apareció la reina y tornó á decir:

¿Qué es de mi pobre hijo?

¿Mi ciervo que se hará?

Yo vuelvo aun esta noche

Y no volveré mas.

El rey entonces no pudo ya contenerse: lánzase hácia aquella aparicion y la dice:

—Tú no puedes ser otra mas que mi esposa querida.

—Si, respondió ella; yo soy tu querida mujer.

Y en el momento mismo por la gracia del Señor, recobró la vida apareciendo fresca, sonrosada y radiante de grandeza, y contó al rey el crimen que contra ella habian cometido la bruja hechicera y su hija.

El rey hizo comparecer á las dos ante un tribunal, y fueron ambas condenadas á muerte.

En cumplimiento de esta sentencia la tuerta fué conducida á un bosque donde las fieras la despedazaron.

La bruja fué puesta sobre una hoguera y pereció miserablemente entre las llamas.

Y mientras el fuego consumia á la mala madrastra, el cervatillo fué nuevamente transformado y restituido á su forma primitiva.

Y ambos hermanitos, cada vez más queridos y agasajados por el rey, vivieron siempre juntos hasta el fin de sus dichosos días.

(Cuentos de los hermanos Grimm).

JUEGOS DE LOS NIÑOS.

EL TORO.

Venid acá, pimpollitos, pero venid con las monteras de papel y las hombreras y alamares de color de rosa, el corazon tranquilo y animoso, á la castellana, pero cuidado, que habeis de venir todos alegres y decididos, porque se trata nada menos que de jugar al toro.

No sabeis vosotros, ni yo tampoco, quien fué el inventor de este juego, pero lo que yo me sé y no sabeis vosotros, es que ya en tiempo del rey Wamba, que fué un rey godo que hace muchos siglos que se murió, los muchachos españoles jugaban al toro. Este juego es propio, esclusivamente nuestro, los demás muchachos que fuera de España destrozán zapatos y levantan polvo, corriendo y triscando desalentados como manadas de cervatillos, no le conocen. Os digo esto, porque si acaso algun muchacho francés, ó ruso ó aleman os refiere que sabe tantos y cuantos juegos, podeis responderle con ufanía: «todos esos juegos que tú dices, tambien los sabemos por acá; pero tú no sabes jugar al toro.»

Este, hijos míos, es el juego muchachil mas esencialmente español, el que está dentro de nuestra sangre y al que todos los españoles han jugado, desde los reyes hasta los pastores. Ya conoceis vosotros que este juego es

una imitacion infantil de las hombrunas corridas de toros; y nosotros, que hoy nos hemos impuesto el alegre deber de hablaros de todos los juegos muchachiles que se conocen, estamos tambien en la obligacion de advertiros las contras que tengan para que las eviteis. Nada mas natural y justo que divertirse inocentemente y sudar la travesura de la primavera de la vida despues de haber cumplido exactamente con los deberes que Dios y la sociedad imponen á la infancia.

Vamos al toro. Por supuesto que uno de vosotros tiene que serlo; generalmente le toca la suerte al mas robusto y menos avisado. Esto no es una ofensa ni una calamidad, porque está compensado con los empujones que da á diestro y á siniestro, y con llamar la atencion del público tauromáquico y de los lidiadores. Pero aquí entra la dificultad. En primer lugar tiene que haber picadores armados de vara en ristre: lo que estos picadores deben hacer, es hacer como que hacen y no hacer, porque de lo contrario os podríais sacar un ojo, y esta gracia no tiene gracia. Vienen luego las banderillas, y tambien es preciso hacer como que se ponen y ponerlas al aire, que es un señor mayor que todo lo sufre y de nadie se queja porque nadie puede dañarle.

Pero en esto de las banderillas hay que tener presente, que la suerte mas bonita y elegante es la llamada á *topa carnero*, que es la que se ejecuta citando al que hace de toro cara á cara, y cuando llega el momento de aparentar que se ponen, salirse por un costado con el salero del mundo. Despues de las banderillas viene la suerte de matar al toro. Esta es la mas difícil y la principal del juego. Deben hacer de espadas los mas formales y granaditos, los que hayan ganado mas puntos y vales en el aula y tengan sobre los otros el imprescriptible derecho de antigüedad. Puesto el espada delante del que hace de toro, le presenta la muleta (esto es, un pañuelo pendiente de un palo), y despues de darle tres ó cuatro pases, se prepara la estocada y hace como que la da, y el toro se finje muerto. El público aplaude, y en seguida hace de toro otro de los lidiadores. Este juego, evitando los inconvenientes que dejamos indicado, es útil y salútfiero, porque da fuerza y robustez al cuerpo, y alegría y desenvoltura al ánimo, y sobre todo es juego español.

Suene el alegre clarin,
Y retumben los timbales;
Repita el eco *tirin*
Hasta llegar al confin
De las playas orientales.

Salga el toro, salga fiero.
Paco será picador,
Antonio banderillero,
Eduardo cachetero,
Y Perico matador.

EL CONDE DE FABRAQUER.